



FA.Foll 005.851

j 23058365



A LA SOLEMNE PROFESION
DE LA SEÑORA
DOÑA MARIA DE BELEN
DIAZ GUIJARRO,
EN EL REAL MONASTERIO
DE SAN CLEMENTE
DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 17 DE MARZO
DE 1805.

DOMINICA TERCERA
DE QUARESMA.



EN SEVILLA:
EN LA IMPRENTA MAYOR.

(2)

A la Torre de David
De batuartes vestida,
De que penden mil escudos,
Y de armadura exquisita:
A la Ciudad de refugio
Donde el pecador conquista
Su asilo, y seguridad
Te has acogido, Maria.
Me pareces rodeada
De la Angelica quadrilla,
Que se presentó en Galaad
A Jacob, el que decia
Ser los Reales de Dios
La multitud que veía:
O entre los otros sesenta
Muy valientes Israelitas,
Que el lecho de Salomon
Cercaban, quando dormia:
O entre aquellos Esquadrones
Bien ordenados, que hacian
Terrible a sus enemigos
La Esposa del sin mancha.
¿Pero que debe admirarme,
Quando Dios, que te auxilia,
Dispone en tu corazon
Las ascensiones precisas
Para pasar por el Valle
De lagrimas, con la mira
De subir á perfeccion?
Qué Soberanas delicias!

(3)

Qué consuelos interiores!
Qué de influencias Divinas
Regocijarán tu Alma!
Sí, ya llegó, llegó el día
En que tu adorable Esposo
Advirtiendote afligida,
Y que en él pones tus ojos,
Los suyos en tí los fixa;
Y en que para comprehender
Lo que concurre á tu dicha,
Nos da indicios de su historia
La voz del que sacrifica;
Pues se advierte que tomando
Del que celebra la Misa
Del Introito las palabras
Prometes, y te utilizas.
Mis ojos siempre al Señor
Dices de amor encendida,
Y él saca tus pies del lazo
Con que el mundo te oprimia.
Como pobre, y como sola
Su misericordia excitas;
Y lo mismo que le pides
Consigues; por que te mira,
Confesando que sin él
Ninguna cosa te alivia,
Levantás tu corazón
Hacia aquel en quien confías,
Y de tí compadecido
Te da su mano Divina,

(4)

No queriendo te avergüences
De ver frustradas tus miras.
Quando á la Epistola atiengo,
Y á tí que te sacrificas,
Miro en S. Pablo que exhorta,
Y en tí que á tu Esposo imitas;
Y que naciendo de amor
Esta imitacion, precisa
Que el debido á tus hermanos
Al mismo tiempo concibas.
De impureza no se hable,
Ni tampoco de aváricia,
La castidad, y pobreza
Son de tu boda la insignia.
Tampoco piensen oírte
Palabras descomedidas,
Porque en el que siempre alabas
Buscas piedad, y no ira.
Ni tu corrupcion esperen
Los que cortando te miran
Toda comunicacion
Con las gentes libertinas:
Que el andar en las tinieblas,
Y no ser de la luz hija,
Era malográr el fruto
De la luz que te ilumina.
Con ella te haras capaz
Del precepto, la doctrina,
Y de las máximas Santas;
Que el Evangelio autoriza.

(5)

El que oyes hoy, te recuerda
Al que por virtud Divina
De Jesu-Christo recobra
En un momento habla y vista.
Este tuvo à grande mal
Los defectos que sentia;
Mas los designios eternos
Un gran bien le disponian.
Como mudo, sordo, y ciego
Su remedio apetecia;
Mas en buscar à su Dios
Tuvo el origen su dicha.
Tú tambien atribulada,
Y pesarosa vivias,
Por que como pecadora
Te contemplabas sin vista:
Sorda, no oyendo lo que
El Santo Espiritu avisa,
Que debes estar alegre
Quando te veas afligida:
Y sin habla, porque en medio
De tus congojas querias
Pedir con tanta eficacia
Que à veces enmudecias.
Pero al fin llegó la hora
En que Jesu-Christo alivia
Tus quebrantos, disponiendo
Su inmensa sabiduria
Los medios con que sanaras
De los males, que sentias.

Te acogiste al lugar Santo,
 Para contarte escogida
 Entre millares, y siendo
 De tu Esposo las delicias.
 Habló el mudo, y miró el ciego;
 Y á tí por la regla misma
 Se te han abierto los ojos,
 Que de la luz carecían.
 Te descubrió Jesu-Christo
 Los dolores, ignominias,
 Y llagas de su Pasion:
 Te abrió su pecho, y dà prisa
 Para que subas al monte
 En que hoy te sacrificas:
 Y á todos estas hablando,
 Así porque revestida
 Del hombre nuevo te vemos,
 Como por lo que edificas.
 Pero advierte la sentencia
 Que Jesu-Christo fulmina,
 Para que guardes la union,
 Que debe ser sostenida
 En el Claustro Religioso;
 Que la sedición desvía
 A todo Cuerpo de Dios,
 Y ocasiona su ruina.
 Mira tambien que tu Esposo
 Hoy te amonesta, y te avisa,
 Que ó toda debes ser suya,
 O te declara enemiga.

(7)

Y pues no te comprehende
La Parábola que dicta;
Porque buscaste el descanso
Para hallarlo en la Cruz misma;
Porque no quieress volverte
A la Casa en que vivias,
Temiendo en aquel estado
Empeorar en tu conquista:
Alza los ojos al Cielo
Eleva tu voz, Maria;
Y pues tantos beneficios
De tu Esposo participas,
Bendice el Vientre Sagrado
Que le llevó á tu Mesías,
Y los pechos, que mamò
De aquella Madre tan digna.
Y al replicar el Señor,
Que antes bien tienen la dicha
Los que escuchan su palabra,
Y como tal la practican;
Dirigete atentamente
Al Orador, que la explica;
Y si acaso en su ternura,
Agudeza y energía
De un San Agustin Obispo
Te juzgas favorecida,
Tales son las circunstancias,
Que adornan à quien te inspira,
Que si á su nombre, y caracter
La santidad concilia,

Disculpas tu persuacion
Aun viendolo sin la Mitra.
Su Evangélica Oracion
Te hará ver en lo que estriva
La perfeccion que procuras,
Y el modo de conseguirla.
Y entretanto que aprovechas
Su saludable Doctrina,
Todos los que presenciamos
La ternura, y alegría
Con que estas gustando el fruto
Del Arbol Santo de vida,
Dirigimos nuestros ruegos,
Como el Ministro en la Misa,
Al Dios todo Poderoso
Porque benigno reciba
Tus Votos, como de humilde,
Y que su diestra divina
Extienda en nuestra defensa.
Y tú predilecta Hija
De Sion, pide à tu Esposo,
Que de su mano benigna
Reciba premios eternos
Aquella caritativa,
Que tus designios protege
En todo lo que administra:
Y que à todos nos conceda
En las eternas delicias
Cantar Santo, Santo, Santo
A su Deidad, Una y Trina.

